

LA FRONTERA, APUNTES PSICOSOCIALES DE UNA HISTORIA DE VIOLENCIA

Eloy Cuadra Pedrini, Inés Cordón Vergara

Ser civilizado significa ser capaz de reconocer plenamente la humanidad de los otros, aunque tengan rostros y hábitos distintos a los nuestros; saber ponerse en su lugar y mirarnos a nosotros mismos como desde fuera. Nadie es definitivamente bárbaro o civilizado y cada cual es responsable de sus actos. Pero nosotros, que hoy recibimos este gran honor, tenemos la responsabilidad de dar un paso hacia un poco más de civilización.

Tzvetan Todorov¹,

Premio Príncipe de Asturias de las Ciencias Sociales 2008

Violencia en la frontera

Violencia en la frontera, pero ¿en qué frontera? Tal vez resultara más claro si dijéramos «violencia en La Frontera», con mayúsculas, donde La Frontera es el espacio físico, pero también el psíquico y el legal que separa a Europa de África, a ricos y pobres, superadas ya las fronteras económicas, las culturales y en muchos casos también las territoriales. En La Frontera –en la geográfica– en cambio, africanos y europeos se apostan a ambos lados del mar y enfrentan el mayor diferencial de renta que hay hoy día en el mundo. No hay «ricos» más ricos que los europeos ni «pobres» más pobres que los africanos, y ambos mundos se tocan en una franja de agua de apenas cien kilómetros, la que separa Canarias del continente negro. De hecho, la frontera Europa-África no es sólo la de mayor diferencial de renta, es también el lugar donde la impunidad y la ausencia de derechos se manifiestan de manera más patente, difuminadas en el gran azul.

Frontera marítima, frontera líquida, en alusión a lo que Bauman² ha dado en llamar «tiempos líquidos», expresión de una modernidad la nuestra donde la incertidumbre, el miedo y la falta de firme acomodo son las notas predominantes. Ciertamente, pocas veces encontraremos un símil

¹ Fragmento extraído del discurso que dio al recibir el premio (2008).

² Zygmunt Bauman. *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*. Barcelona, Tusquets, 2007.

más acertado que éste, cuando asistimos, en plena crisis mundial, a lo que parece puede ser la caída del último dios que quedaba en pie en el panteón, el capitalismo.

Parece evidente, por lo poco que llevamos expuesto, que al decir «frontera» en el contexto en el que nos movemos, no nos referimos sólo a la línea que delimita el punto en el que termina la soberanía de un país y comienza la de otro. La frontera nunca fue exactamente eso y tras la llegada de la globalización lo es aún menos. Hoy, la frontera vacila como límite de la soberanía nacional, se difumina, se abre, y sin embargo, y paradójicamente, se fortifica y consolida como punto de control selectivo de la movilidad de los seres humanos. Las fronteras, las de la Unión Europea sobre todo, encierran múltiples injusticias revestidas de legalidad. No se pueden cruzar si eres pobre, si eres negro o si lo intentas en sentido Sur-Norte; en cambio, no existen fronteras en el mundo para el empresario blanco que las cruza en sentido Norte-Sur. Partiendo de esta realidad del control selectivo que se impone en nuestras fronteras, no sólo tenemos una línea marcada en un mapa, no es sólo un *check-point* donde nos sellan el pasaporte, la frontera está ya por todas partes. La vemos en un mar militarizado plagado de barcos, helicópteros, aviones y radares, la vemos en los acuerdos bilaterales o multilaterales que firman los estados europeos con sus homólogos africanos, supeditados siempre a contrapartidas del tipo repatriaciones o mayor control en sus costas, la vemos en los limbos legales de los «guantánamos» que salpican nuestra geografía en forma de CIE, la vemos en nuestras ciudades, en los controles de documentación y en las redadas continuas, en los nuevos requisitos de las agencias de viaje, en la negativa de los ayuntamientos a empadronar extranjeros, en las reticencias de los hospitales, en la explotación laboral que sufren los migrantes irregulares, y ahora, también, y como consecuencia de todo lo demás, la notamos instalada en el subconsciente de la mayoría de los europeos, activándose cada vez que miramos a un inmigrante pobre que no es blanco y únicamente vemos a una amenaza latente para nuestra identidad, nuestro bienestar o nuestro patrimonio. Esto, todo esto, es hoy en día «La Frontera», como elemento multiabarcante.

Aclarado el concepto frontera, fijemos un poco más lo que queremos decir cuando hablamos de violencia, concepto sobre el que se ha escrito y teorizado mucho desde distintas disciplinas. Aquí, sin embargo, nos referiremos preferentemente a un concepto de violencia de tipo expansivo, no limitado a la pura violencia física que un individuo ejerce sobre otro con objeto de causar daño. El significado clave de la violencia en los parámetros de este trabajo encierra el acto de violar un derecho básico del ser humano. En tal sentido, bastaría con echar un vistazo a la Declaración Universal de los Derechos Humanos para encontrar unos cuantos muy básicos que no se respetan. Habrá, claro está, quienes no estén de acuerdo

y defiendan una definición cerrada y limitada de la violencia; para ellos, quizá, Donald Rumsfeld³ sea un anciano apacible y bueno porque nunca golpeó a nadie, para nosotros desde luego que no. El texto tomará pues claramente a la violencia «institucional» ilegítima –inmoral– como base de la exposición, destacando la institucionalidad en el origen de una violencia ejercida por la Europa que conscientemente condena y mata por la acción de sus leyes y la omisión de sus ciudadanos.

De lo dicho hasta aquí, podemos concluir que necesitaríamos mucho más que unas cuantas páginas para describir con mediana amplitud el calibre de la violencia en la frontera hoy. No obstante, haremos lo que podamos. Y empezaremos por un tipo de violencia que a menudo pasa desapercibida en los análisis que se hacen, que no es otra que la violencia que se ejerce sobre la frontera misma. Entendemos comúnmente por *frontera* unidades de agentes uniformados de distintos cuerpos que vigilan por tierra, mar o aire unos límites geográficos pero pocas veces reparamos en los agentes fronterizos cuando abordamos el fenómeno migratorio, acostumbrados como estamos a quedarnos con las cifras, con un rostro desencajado o las historias que los migrantes traen, quedando así para el agente de frontera un rol invariable de elemento clonado en serie que en nada afecta. Pues sí, sí que afecta. Veamos de qué manera.

Se trata de la Teoría General de la Presión (*General Strain Theory*), desarrollada inicialmente por el sociólogo americano Robert Agnew⁴, en la que se afirma que el comportamiento violento puede estar relacionado con la frustración y la ira que genera el recibir un trato de inferioridad, ofensivo y humillante en las relaciones sociales y laborales. Y no es un secreto que el régimen de trabajo y la disciplina militar que soportan los agentes de la Guardia Civil⁵, en general, en toda España, y muy especialmente en los servicios de vigilancia de las fronteras marítimas (Canarias) y terrestres (Ceuta y Melilla), no guarda en absoluto el desarrollo de un ambiente laboral donde se cuide la autoestima y el incremento de las capacidades de cada individuo.

A alguno tal vez le vengan a la memoria escenas de violencia policial de este tipo. Todos recordamos aquellas imágenes de televisión, corría el año 2005, en las que un guardia civil pateaba de forma cruel e injustifica-

³ Secretario de Defensa de la Administración Bush de 2001 a 2006, principal responsable de la invasión de Afganistán y la sangrienta y nunca acabada guerra de Irak.

⁴ En 1992, en un trabajo que lleva por título «Foundation for a general strain theory of crime and delinquency».

⁵ Según datos de la Asociación Unificada de Guardias Civiles (AUGC) los índices de suicidio en la Guardia Civil multiplican por 19 la media nacional. Según cuenta el que fuera presidente de esta asociación, Fernando Carrillo, en el libro *La cara oculta de los policías en España*, Editorial Germania, 2007, cada diez días un guardia civil intenta o consuma un suicidio en nuestro país. Los datos, como vemos, hablan por sí solos.

da a un migrante subsahariano caído en el suelo cuando éste intentaba cruzar la valla de Ceuta. En nuestra opinión nunca la violencia policial está justificada, por muy violento que sea el mundo en el que nos toca vivir, y mucho menos cuando la relación de fuerzas es tan desproporcionada a favor de una parte.

En las fronteras marítimas se dan circunstancias especiales en la relación agente-migrante, circunstancias que no se repiten en otros casos. Los migrantes, a ojos de los agentes que han de interceptarlos, no representan pues peligro ni amenaza alguna, llegan entregados, exhaustos, entumecidos, sin fuerzas, hombres, mujeres y niños, moribundos, y también muertos, y los agentes lo ven y además lo saben. La dramática historia lleva años repitiéndose y el agente, queriéndolo o no es partícipe de ella, la ha leído, la ha escuchado, y en cierto modo hasta la ha sufrido. La ha sufrido porque más allá de lo frustrantes o humillantes que puedan ser las relaciones interlaborales del agente, éste no deja de ser un ser humano dotado con los mismos resortes emocionales que los demás. Nos referimos a las neuronas espejo⁶ y su vinculación con el origen de la empatía. Digamos que, enfrentadas en el agente la frustración reprimida de un lado y la empatía de otro, es esta última la que se impone cuando se trata de intervenciones en las fronteras marítimas. Habrá quien objete contra este argumento afirmando que los agentes de los cuerpos de seguridad, en general, por propia cuestión de supervivencia emocional, suelen reprimir la empatía limitándose a cumplir con el cometido que les marca la ley. Y así es desde luego, en la mayoría de los casos. Así es cuando el migrante es detenido en una ciudad cualquiera, así suele ser en los CIE, así es cuando van a ser repatriados, y así es también con los delincuentes habituales sean inmigrantes o no. Es así porque en todos estos casos la relación de fuerzas no es tan dispar ni el detenido arrastra una carga de sentido tan fuerte como la que soporta un migrante africano que aparece, moribundo, en un cayuco. El migrante en esas circunstancias, entregado, a punto de expirar y no siendo culpable más que de luchar por su vida, pasa así de reo a víctima a ojos del agente de fronteras, anulando éste, por regla general, cualquier atisbo de reacción violenta que de otra manera y en otros muchos casos probablemente aflorarían.

⁶ Las comúnmente llamadas «neuronas espejo» son un grupo de neuronas que se activan en cualquier cerebro normal sano, y lo hacen de igual manera cuando vemos a los demás hacer algo como cuando lo hacemos nosotros mismos. Se dice que estas neuronas son la base de la empatía, lo que nos permite ponernos en lugar del otro y en cierto modo sentir lo que él siente cuando vivencia una situación dada, ya sea ésta alegre o triste. Para que lo entendamos mejor, las neuronas espejo son las que hacen llorar a los niños pequeños cuando ven a otros niños llorar, las que nos hacen bostezar cuando otro bosteza y reír cuando alguien ríe, son las que nos contagian de las emociones de los demás.

Desde el instante en que le ponemos una mínima distancia a la relación las neuronas espejo dejan de funcionar y el efecto de la empatía desaparece. Así, lo que para los voluntarios de la Cruz Roja, los miembros de Salvamento Marítimo y algunas unidades policiales que trabajan en la frontera es ante todo una catástrofe humanitaria, para sus superiores jerárquicos –incluida la clase política– no es más que un problema, un agujero en los presupuestos, una estadística que no cede, un arma electoral o un asunto que genera alarma social. Buena muestra de ello la podemos encontrar en el testimonio⁷ que reproducimos a continuación, en el que un migrante cuenta lo que le sucedió en la frontera de Ceuta cuando fue interceptado en compañía de un menor por agentes de la Guardia Civil.

Entramos al agua sobre las siete, hora marroquí, cuando el imán llama al rezo para la ruptura del ayuno. Hemos nadado sobre 30 minutos desde la playa de Castillejo y he pasado la barrera que entra al agua. En este momento nos ha recuperado una lancha de la guardia civil con tres guardias a bordo. Uno de ellos hablaba bien francés y era muy cortés. El que hablaba francés dice que va a tomarnos unas fotos para mostrárselas a su jefe. Nos hace fotos con la cámara digital. Me declaro congoleño y pido asilo. El niño tiene mucho frío. Y el guardia que habla francés dice que va a llamar a su jefe para llevar al niño al hospital. Le llama por teléfono varias veces y discuten, yo entiendo algunas palabras de español y después él me traduce y me dice que su jefe no acepta llevar al niño al hospital y que nos tienen que devolver a Marruecos. El agente discute con su jefe. Estamos al menos dos horas en el barco. Yo me siento preocupado por la salud del niño.

El barco se acerca a la zona marroquí. La policía marroquí no quiere aceptar al niño. Les dice a los agentes que tienen que llevar al niño al médico, pero tras varias discusiones me empujan a la arena y me entregan al niño. Nos llevan a comisaría a Castillejo y trasladan al niño al hospital. Ahora nos envían deportados a Oujda. Pedí asilo en reiteradas ocasiones, también dije que se llevaran al niño, que yo no era su responsable y que tenía miedo por lo que le pudiese pasar en Marruecos, pero el jefe de Ceuta no lo aceptó.

El menor es trasladado a la comisaría de Castillejo, tras pasar por el hospital. De allí el miércoles le envían a Tetuán para coger un autobús que le enviará a la deportación al desierto. Este jueves 25 el autobús está llegando a Oujda sobre las nueve de la mañana y seguramente el menor sufrirá una deportación al desierto cuando la oscuridad de la noche lo permita.

Helena Maleno. Colectivo Intercultural Aljaima

⁷ Los hechos ocurrieron la tarde del martes 23-X-2008 en aguas fronterizas de Ceuta y Marruecos. El texto en primera persona es la voz del propio inmigrante recogido en testimonio por Helena Maleno, miembro del colectivo intercultural Aljaima, incansable luchadora por los derechos de los migrantes.

En la narración que acabamos de leer comprobamos las discrepancias claras que aparecen cuando el guardia que habla francés quiere llevar al menor al hospital y su jefe, al otro lado, desde su despacho, se niega. Probablemente se trate de un teniente, a lo sumo un capitán, a sus ojos, a los ojos del Jefe de la Comandancia, a los del Delegado del Gobierno y hasta a los del mismísimo Presidente, el migrante no será ya nunca un ser humano que sufre, será simplemente un dato, una estadística, un número más sumado a una cifra.

La frontera como barrera

Comienza aquí una historia de violencia que cuyo inicio se remonta ya varias décadas, aunque fue a finales del siglo pasado cuando los migrantes africanos empezaron a tomar en mayor número barquillas para llegar hasta España, primero desde el norte de Marruecos y al poco también desde el Sahara hasta Canarias.

Por entonces, la violencia la ponían únicamente los elementos meteorológicos y una valla de alambre de algunos metros; no había dispositivos especiales para el control de la inmigración más allá de alguna patrullera dedicada al control de la pesca y el narcotráfico, escasamente preparada para el rescate y que apenas se alejaba de la costa unas millas. Eran otros tiempos y la inmigración no era un problema prácticamente para nadie. Del trayecto, sabíamos que empleaban unas horas por el Estrecho y un día y una noche por Canarias. Casi todos llegaban a costa y se perdían en España en busca de un futuro mejor; casi corrían la misma suerte los que eran interceptados, pues a excepción de los inmigrantes de origen magrebí, para el resto, subsaharianos o asiáticos, no había acuerdos de repatriación, lo cual implicaba su puesta en libertad tras 40 días de CIE. Algunos, los menos, también morían en el intento, por un golpe de mar durante el trasbordo o un mal paso al saltar a costa durante la noche, pero eran éstos realmente pocos y las circunstancias muy diferentes a como mueren ahora.

Aunque la historia es ya conocida por casi todos: poco a poco empezaron a venir cada vez más seres humanos intentando mejorar sus vidas a bordo de pateras, y el Gobierno español en lugar de mirar un poco más allá del mar para ver por qué venían optó por blindar el Estrecho con sistemas de vigilancia (SIVE), radares, barcos y agentes uniformados, y los migrantes tuvieron que emprender otras rutas, más largas, por Canarias, y por el Mediterráneo.

En las Islas el primer gran año de pateras fue el 2001, y Fuerteventura, la isla más próxima a la costa africana el destino predilecto. Eran barcos de seis metros donde solían viajar entre 20 y 30 personas, magrebíes prin-

cialmente. Un día y una noche y un alisio⁸ casi siempre favorable hacían del trayecto una aventura peligrosa pero no suicida, a pesar de lo pequeño que resulta una barca en la inmensidad del océano. En el 2002 continuó aumentando el número de personas que intentaban cruzar desde África hasta Fuerteventura, el Gobierno siguió con su política de frontera sin mirar más allá y al poco las aguas de Fuerteventura acabaron como las del Estrecho, inundadas de barcos, helicópteros y radares con los que intentar detener a nuestros esforzados navegantes.

Así llegamos hasta el año 2003: el dispositivo desplegado en las islas orientales de Canarias comenzaba a notarse, y alguna barquilla empezó a llegar también a Gran Canaria y Tenerife, donde no se las esperaba. Esta tendencia prosiguió en los años siguientes con algunas modificaciones, entre ellas un cambio de gobierno en España que trajo consigo mejores relaciones con Marruecos y el subsiguiente reforzamiento de la vigilancia en sus costas, previa concesión, eso sí, de generosas compensaciones económicas y de otra índole.

En este punto, recapitulemos. Año 2005: Marruecos coopera «eficazmente», pero siguen llegando inmigrantes huyendo de la miseria, subsaharianos en gran medida, por tierra a través de las vallas de Ceuta y Melilla, y por mar no ya sólo a Fuerteventura y el Estrecho, también aunque en menor medida a la mayoría de islas de Canarias, a toda Andalucía, Levante y Baleares. En lo político, siguen sin concretarse acuerdos de repatriación con casi ningún país africano; lo que importa pues para la mayoría de los que vienen es llegar sin morir en el intento, en un viaje por mar que ya no es tan sencillo como años atrás. Por culpa de una frontera que crece y crece los inmigrantes y sus pequeñas embarcaciones han de navegar durante más tiempo con condiciones de mar no tan favorables. En Canarias, controladas las salidas desde Marruecos, se empiezan a organizar desde las costas de Mauritania, el tiempo oscila entre tres y seis días, según la suerte, las condiciones del mar y la destreza de su patrón. Y en el Estrecho... en el Estrecho mención especial merece lo que aconteció en el otoño del 2005, en las vallas fronterizas de nuestras dos ciudades autónomas. La noche del 28 al 29 de septiembre en Ceuta y la del 5 al 6 de octubre en Melilla, un grupo de personas desesperadas que huían de la guerra, del hambre, de la miseria y de una vida sin futuro ni dignidad en sus países en el África Subsahariana intentaron entrar en España a través de la valla. Todos recordamos aquellas imágenes –hablamos de ello algunos párrafos atrás–: muchos fueron heridos, maltratados, apaleados, deportados o abandonados a su suerte en el desierto, al menos 14 de ellos murie-

⁸ Los alisios son vientos que soplan habitualmente desde las altas presiones subtropicales hasta las bajas presiones tropicales, y en Canarias lo hacen siempre dirección Sur-Oeste.

ron en el intento. Hubo manifestaciones de protesta; asociaciones de defensa de los Derechos Humanos denunciaron los hechos, pero nada se hizo, desde el Gobierno, ni desde la Justicia; nadie quiso saber nada, nadie respondió y nadie lo ha hecho aún por aquellos asesinatos. La impunidad de la frontera se hizo por primera vez patente en nuestro país. En adelante las personas migrantes pobres que quisieran entrar en España ya no serían vistas ni tratadas como personas. Se sentó un grave precedente para lo que vendría después.

Y lo que vino después fue el año 2006, el año en que conocimos el Frontex, y supimos lo que era un cayuco y 33.126 personas llegaron a Canarias, montados en ellos⁹. Fue el año del *Happy Day* o del *Marine I*, el año en que a los CIE comenzamos a llamarlos ‘guantánamos’, el año en que definitivamente las personas migrantes dejaron de ser personas. El detonante fue llamémosle miedo. Miedo de una clase política que teme perder votos frente a una ciudadanía que ha sido movida al miedo al Otro, al extranjero, al que le quitará el trabajo y le robará su identidad, un miedo que a menudo es la antesala de la violencia. Y la violencia institucional se hizo notoria en una frontera desplegada ahora también a lo largo de la costa de Mauritania, a la que España hubo de pagar bastante dinero, tal como antes había pagado a Marruecos y posteriormente pagaría a Guinea, Gambia o Senegal, para que sus gobiernos cooperaran en la vigilancia y permitieran a nuestros gendarmes patrullar en sus aguas. El resultado: travesías más largas con salidas cada vez más al sur (Senegal, Gambia) intentando salvar la vigilancia; ya no un día y una noche, ya no seis días, podían ser diez y hasta quince para ir a llegar hasta la Isla de El Hierro en mitad del Atlántico; y han sido miles los jóvenes perdidos en el mar de los que nunca más se supo; y podríamos traer aquí cientos de recortes de prensa en los que se cuenta que un cayuco trajo consigo a personas muertas tras una cruel agonía de sed, hambre y sol, cuando no eran los propios barcos frontera los que les obligaban a dar la vuelta con destino Mauritania y a Mauritania nunca llegaron.

Podríamos traer tantos casos que no acabaríamos nunca. Y también los hay con nombre y apellidos, como lo fue el *Francisco* y *Catalina*, un pesquero español que recogió frente a las costas de Malta a 51 inmigrantes a punto de naufragar, no pudiendo tomar tierra hasta pasada una semana porque ningún país quería hacerse cargo de ellos. Después de aquello se supo de un grupo de inmigrantes que hubieron de pasar tres días agarrados a una red de pescar atunes en medio del Mediterráneo, viendo pasar a los pesqueros sin que ninguno quisiera socorrerlos. Similar aunque más grave fue lo acontecido con el buque chatarra *Marine-I*, interceptado sin

⁹ A Canarias llegan al año en torno a doce millones de turistas.

motores en aguas cercanas a Canarias y remolcado sin pudor hasta Mauritania, sin contar con que en el mismo viajaban hacinados 372 inmigrantes desde hacía meses. Tras dos semanas en el barco, los migrantes fueron desembarcados en el limbo de Mauritania para ser encerrados en un viejo hangar de pescado durante más de un mes, sin voz, sin derechos, sin opciones. Unos fueron deportados a países extraños, otros devueltos al suyo a sabiendas de que les esperaba la muerte, la mayoría retornados de vuelta a no se sabe donde pese a las denuncias de muchos colectivos y asociaciones. Y en todo aquel cúmulo de injusticias la frase que más sonó de boca de nuestros políticos fue algo así como: *«hay que dar una lección a las mafias»*. Lo cierto es que no se recuerda un contencioso en el que se hayan violado más leyes, tratados y declaraciones internacionales a la vez, sin que a nadie importara lo más mínimo. El mar y sus leyes, por las que tanto lucharon varias generaciones de personas, vuelve a ser hoy territorio de piratas donde sólo vale la ley del más fuerte. En este punto de la narración, creemos que es hora de dejarlos hablar también a ellos, a los migrantes, y que sean ellos mismos los que nos acerquen la verdadera dimensión de lo que tratamos de explicar: un drama que no empieza ni acaba en la frontera marítima.

Se trata de varios testimonios tomados a tres chicos nigerianos ya en España, después de que hubieran cruzado el Sahara y el Estrecho. Las entrevistas se la hicieron uno al otro con una grabadora que les facilitamos¹⁰. La mayoría de los nombres de lugares han sido transcritos fonéticamente.

Testimonio de Raimond. Habla del último de sus tres viajes.

El que consiguió llegar a España

... Cuando llegamos a Argelia fuimos a Tamanrasset.

—¿Y cómo eran las cosas en Tamanrasset? ¿Cómo pasasteis la frontera de Níger a Argelia?

—Los Busume tienen jeeps, Toyotas, y pasan a gente a través de la frontera Níger-Argelia. Es su modo de vida. Nos decían que no debíamos de tener miedo a nada. Trajeron tres coches, diciendo que no es bueno que un coche solo entre en el desierto, es mejor que vaya en grupo. Pasamos 7 días en el desierto antes de llegar a Argelia, a Tamanrasset.

—Y que tal llevasteis lo de pasar 7 días y 7 noches en el desierto. ¿El jeep viajaba tanto de día como de noche, o parábais de noche?

—Conducían solo de noche, a veces cuando llegaban a ciertas zonas podían conducir por el día, pero la mayor parte del viaje sucedió por la noche.

—¿Cuánta gente iba en cada coche? Dices que erais unas 60 personas, pero solo había tres coches. ¿Cómo conseguisteis meteros en los coches? Seríais unos 20 por coche.

¹⁰ Los testimonios son parte del trabajo directo, a pie de calle, de la profesora Cordón.

—Nos sentamos todos en la parte de atrás del coche, unos 20 en cada uno. Nos dijeron que todos deberíamos de soportar el dolor, sin importarnos lo que fuese, todos metidos allí como animales. El viaje no fue fácil para muchos.

—Tras dejar Agades, os llevásteis agua y comida, eso os sustentaría en vuestro viaje por el desierto.

—Lo más importante para el viaje es el agua, sin ella no llegaríamos ninguno.

—¿Dónde os quedásteis al llegar a Argelia?

—Nos quedamos en el norte, en Tamanrasset, al lado del Sáhara. Las cosas eran difíciles para todos, porque cuando estábamos en el África occidental, no habíamos oído hablar de la deportación, pero cuando llegamos al norte de África nos dijeron que teníamos que estar pendientes de la policía, no dejar que nos viesen, porque si no nos mandarían de vuelta a nuestro país. Y cuando llegas, las cosas son muy distintas; en el África occidental la gente va por ahí así tal cual, pero en el norte de África todo el mucho debe taparse la cara, incluso las chicas, a ellas ni si quiera las dejan andar por la calle, las chicas siempre tienen que estar en casa, porque los musulmanes no quieren que ellas vean a los extranjeros.

—En Tamanrasset, ¿dónde vivíais? ¿Teníais una casa lista para vosotros? ¿Cuál fue el siguiente destino del viaje? Cómo solucionásteis las cosas en Tamanrasset?

—Nos dijeron que no debíamos de entrar todos en la ciudad para conseguir comida y agua para los demás, que se quedaron en el desierto, en la parte rocosa. Algunos de nosotros quedamos con otra gente en la ciudad, algunos de ellos llevaban tres o cuatro días viviendo en la ciudad, algunos eran nigerianos o de otros países africanos. Nos dijeron que esta ciudad era muy difícil, que la policía no quería ver a gente negra. Esto nos asustó aun más. Yo no sabía que el viaje iba a ser así. Yo pensaba que cuando llegabas a una ciudad te podías quedar en un hotel. Yo no sabía que el viaje iba a tomar otras proporciones. Yo y otros dos les dimos algo de comida y agua a los que pasan gente de contrabando, para que se lo llevaran a los que se habían quedado en el desierto. Al cabo de tres días emprendimos otro viaje.

—Y después de tres días la gente seguía en las rocas del desierto del Sáhara.

—Sí, seguían ahí después de tres días, comiéndose la comida. Cuando se acabó la comida nos encontramos con problemas.

—¿La gente dormía en la fría roca, así sin más?

—Sí, al principio del viaje nos dieron los requisitos, mantas y chaquetas buenas. En el Sahara hace mucho frío por la noche, así que todos dormíamos juntos bajo las mantas. Cuando salía el sol íbamos todos a tumbarnos en las rocas, sin hacer ningún ruido ni hablar, porque la policía está por todas partes en el desierto. Los pueblos fronterizos son muy duros, porque la policía quiere saber cómo entraste en el país. Pero si consigues llegar hasta Gadaia, el control no es tan duro, porque la policía sabe que has debido pasar muchos controles antes de llegar ahí. Cuando nos ven no saben que llegamos por el desierto, que fuimos pasa-

dos de contrabando. Piensan que a lo mejor tenemos documentos, en Gadaia.

—Entonces, de los 60 que salisteis de Níger, ¿ibais todos a Europa, o la gente tenía diferentes destinos?

—Esa es una buena pregunta. Todos teníamos distintos destinos. Para mí, era venir a España. Otros iban a Libia, otros a la capital de Argelia a trabajar. Así que cuando llegamos a Gadaia, cada uno emprendió un viaje diferente.

—Y desde Gadaia, ¿a qué estado fuiste?

—Los que íbamos hacia Marruecos, desde Gadaia hicimos otro viaje hacia Oran, la antigua capital de Argelia. Los que iban a Libia se fueron hacia(...) Todo el mundo decía que quería llegar a Europa a cualquier precio. Hasta que llegamos al medio del Mediterráneo, el viaje fue tan horrible que las olas llevaron el barco al otro lado, a la parte rocosa. Mucha gente perdió la vida antes de que la guardia civil española viniese a rescatarnos del agua.

Testimonio de Osesa

—Me llamo Osesa, quiero contaros cómo es la experiencia de atravesar varios países para llegar a Europa. Empecé el viaje y bajé al país vecino. Esa historia es muy aburrida, si la cuento con detalles, seguro que tardo más de ocho horas. No es como un viaje de un día, en el que al cabo de seis horas descubres a donde vas. Este es un viaje de semanas de agonía, a veces dura años. Es un viaje a un destino desconocido sin explorar...

Frontera entre Ceuta y Melilla, cruzando el Estrecho de Gibraltar por fin España.

—(...) Es un juego mortal. En mi país también estamos jugando con nuestras vidas. (...) Tánger: me quedé unos días y cogí un taxi hasta la frontera. Hay una valla para diferenciar el territorio español del marroquí. Solo hay que saltar la valla y ya estás en Europa. Yo me quedé muchas semanas, de noche, frío. Con hogueras. Casi se me quemaron los pies. Todo eran riesgos, las redadas de los marroquíes, la policía española. A los chicos los asesinan, a las chicas las violan. La mayoría no tiene pasaportes que los identifiquen. Yo no tuve suerte y me pillaron. Intenté llegar a Europa por otros medios. Después oí hablar de una zodiac, un barco hinchable con un motor de 1 ó 2 caballos, que es el único modo de llegar a Tarifa, que también está en España, en Europa. Luego las cosas pasaron muy rápido. Nos escondimos en la maleza. Pasamos unos cuantos días mirando al agua, pensando que no era buen momento, estaba dura, llena de olas. Un día el agua tenía mejor aspecto, y nos encaminamos a atravesar los muy arriesgados y peligrosos 30 km de distancia entre Tánger y España. Nos llevó 5 horas durante la noche, y yo os digo que este encuentro es muy, muy, muy peligroso. Imaginaos en un barco en el que solo caben unas 7 personas como mucho. ¡Éramos 50 personas!, enlatadas como sardinas en un barco sin ninguna medida de seguridad, sin salvavidas ni nada. De todas formas, gracias a Dios, las cosas

salieron bien. El barco se llenó de agua y la sacamos con unas tazas. Nos pasamos la noche rezando. Si no eres creyente, te conviertes...

En España. Por fin llegamos a tierra. Intentamos parar unos coches. Llamamos a la puerta de la gente. La gente tenía demasiado miedo para abrir. Esperamos un rato al lado de la carretera. Entonces paró un coche. En él iban dos chicas y dos chicos ingleses. Nos rescataron. El viaje es así de simple. Pero tendríamos que meternos en los detalles para saber cómo es el viaje a través de Marruecos, el desierto, que te persiga la policía...

Testimonio Kelvin

Cuando llegamos a Agadés nos dijeron que el viaje iba a tomar otras proporciones. Entonces nos preparamos para soportar cualquier dolor porque todos sabíamos que, dijese lo que dijese, nuestra respuesta iba a ser sí. Nunca pensamos que podríamos morir, que podríamos coger alguna infección, simplemente accedimos. Ni siquiera pensamos en el sufrimiento, ni en todas las diferentes cosas que nos podían pasar. Así que nos dijeron que teníamos que ir muy preparados. Nosotros les preguntamos que cuáles eran los requisitos. Nos dijeron que debíamos de comprar unos «jerican», lo que ellos llaman «bidón», en Argelia los árabes los llaman «bidones». Es una especie de contenedor de agua donde caben unos 20 litros, si llevas 2 de 20 litros, tienes 40 litros de agua. En el Sahara, sin agua, todos podemos morir. Así que, sin ningún problema, compramos unos contenedores y los llenamos de agua; también mantas para el frío de la noche, y para el polvo. En muchas partes del desierto, desde Níger a Argelia, el desierto no es más que un terreno llano lleno de polvo; cuando pasan los coches tienes que taparte la cara porque cuando ves el polvo, no sé cómo describirlo, pero puedes coger una infección; y cuando escupes, tu saliva ya no es blanca, sino marrón, y cuando te sueñas la nariz ves que te cae sangre, y luego la nariz te chorrea sangre.

En el Sáhara todo existe en exceso: el frío, la brisa, todo. Ni si quiere se puede ver el final. Nos dijeron que no podíamos entrar en Argelia porque la policía no quiere ver a negros. Nosotros nos quejábamos, somos africanos como ellos. Pero el norte de África es diferente del África occidental, necesitas un visado. Así que en el desierto nos dijeron que necesitaríamos un visado argelino, en Tamanrasset. Allí hay musulmanes, y algunos negros, porque es una ciudad fronteriza. Ya se sabe que una ciudad fronteriza siempre tiene mezcla de gente, alguna de Níger y Mali, pero ellos son argelinos, a lo mejor llevan allí. Por eso nos tuvimos que esconder, porque si la policía te arresta te deportan.

Nos dijeron que teníamos que ir a Tamanrasset para coger gasolina. El coche que llevábamos era un Toyota Landcruiser 4.5, lo llaman «quarante-cinq», y es muy bueno para el desierto. El coche en realidad está hecho para llevar bienes, pero ellos lo usan para llevar a gente. A veces les pillan los gendarmes argelinos en el desierto, están por todo el desierto. A veces el conductor no tiene mucha suerte y le pillan los de aduanas, y arrestan a todo el mundo. Los árabes son muy tradicionales, solo puedes quitar la virginidad a tu mujer, eso es lo que creen, y ello es lo que

hace que algunos de los policías argelinos se exciten sexualmente cuando ven a una chica que saben que no es musulmana y no es de su país y pueden hacer lo que quieren. Para ellos es una oportunidad, no es que se la dé el gobierno, pero eso es lo que ellos piensan.

El viaje fue horrible. No es el tipo de aventura que uno le permite hacer a alguien que conoce. Es una aventura muy mala, una aventura sucia, porque a veces los «busu» te pueden matar, tienen pistolas, tienen la munición adecuada, hacen lo que quieren, porque son rebeldes, y se pueden quedar en el desierto durante días. A veces te timan, te dicen que has llegado al destino, pero ni siquiera estás cerca, cogen tu dinero y te dejan ahí. En ese caso tienes que llegar a la ciudad solo, y ves la sombra de la ciudad, la llama de la ciudad, a lo mejor a 40 km de distancia, y tienes que caminar 2 ó 3 noches, con todo el mundo cansado y debilitado, sin comida, ni siquiera pan. Así es a veces. A veces los «busu», los rebeldes, traen las pistolas y roban a todo el mundo, se llevan tu dinero. Cuando los ves por primera vez te dicen que son rebeldes y que te pueden llevar a donde quieras ir, por todo el desierto. Pero tú no sabes cómo lo hacen porque no eres de su país. Hacia el final del viaje empiezas a oír otras historias: que la gente ha perdido la vida, de una o dos maneras, o por una o dos razones. Puedes morir en cualquier momento. A lo mejor el coche se mueve hacia la parte rocosa, a lo mejor va muy rápido, te puedes caer y golpearte la cabeza en la roca, nadie diría nada. Todo lo que diría un «busu» sería «Allah ale», Dios lo da y Dios se lo lleva, creo que eso es lo que significa en términos musulmanes, ¿sabes? Y luego te dirían «tío, ¡vámonos, vámonos!» A lo mejor llegan los gendarmes si perdemos mucho puto tiempo, no quieren perder nada de tiempo, no quieren perder nada, no dan ni una puta oportunidad aunque la gente se esté muriendo, aunque te mueras, la gente se muere, muchos se caen del coche, se caen y se rompen una pierna, o se hacen otras heridas, pero les da igual, ni siquiera se enteran de que eres humano. Mucha gente piensa que los musulmanes no valoran la vida. No le dan importancia a la muerte, así que durante el viaje te la puedes encontrar en cualquier momento. No es nada especial, simplemente puedes llegar de muchas maneras a ella. Así nos movimos a Magnalia, es la ciudad fronteriza que hay entre Marruecos y Argelia. La ciudad fronteriza de Argelia se llama Magnalia, y la de Marruecos se llama Oujda. Ese fue otro viaje. Este tiene que hacerse a pie, tienes que pasar la frontera caminando desde Magnalia hasta Oujda. Pero, los jóvenes en Marruecos no trabajan, están en paro, y pueden matar por 50 dirham. En Marruecos hacen cualquier cosa, los jóvenes, son brutales, te pueden matar. En Argelia las cosas no son así, solo la policía te roba. Es difícil ver a un ciudadano haciendo algo así. Pero en Marruecos es bastante común, te roban porque no tienen trabajo.

Así que en Rabat intentamos relajarnos y disfrutar, que las cosas fuesen más tranquilas, y pensar en cómo llegaríamos a España. Marruecos y España están muy cerca, y esto da valor para llegar hasta allí. Así que dejamos Rabat y nos fuimos a Tánger. Allí, desde los sitios altos se pueden ver luces. Eso es España; quizás es Algeciras. Así es. Llegamos allí y nos dije-

ron que la siguiente parte del viaje implica otro riesgo, y que ese riesgo es enorme. En ese momento tu vida no es más que Dios, porque íbamos a cruzar el punto donde se unen el mar Mediterráneo y el océano Atlántico. Y para cruzar usamos una especie de barco.

I. V., nuestra interlocutora, afirma que según ellos son muchos más los muertos que quedan en el desierto de los que perecen en el mar¹¹, pero de esto nada sale en los medios. La crudeza de sus testimonios contrastan vergonzosamente con la otra realidad, la de lo mucho que España y Europa han invertido en medios materiales, humanos y económicos para frenar a estas personas desde la frontera (SIVE; Frontex, Plan África, Proyecto ERA, acuerdos bilaterales, etc.). Es mucho, muchísimo más de lo que habría hecho falta para mejorar las cosas al otro lado del mar para que no tuvieran la necesidad de venir. Pese a todo, la realidad, a día de hoy, es que siguen llegando inmigrantes a Canarias a pesar de la frontera: 12.500 interceptados en 2007, 8.220 hasta octubre de 2008. A nuestro gobierno, sin embargo, le vale con ver un descenso porcentual anual y así lo repiten una y otra vez cuando son interpellados. De nuevo parece que hablamos de valores bursátiles o barriles de petróleo, no reparan en que son seres humanos, no se paran a contar el insostenible aumento del número de muertos y desaparecidos, 18.000 en 20 años según las ONG que trabajan sobre el terreno, sin contar los que quedan en el desierto de los que no hay datos. ¿Recuerdan cuando les decíamos –párrafos atrás– que hace años sólo empleaban unas horas o a lo sumo un día en alcanzar las costas españolas? A nuestro juicio es indudable y directa la relación que existe entre el aumento brutal del número de muertos y el aumento de las medidas y los dispositivos de control de fronteras. Tan claro nos parece que hasta un niño podría derivarlo así. Pese a todo, la frontera, violencia pura, sigue estando ahí.

Las cárceles frontera

La frontera sigue aquí, pero sigue mucho más allá de nuestros mares o nuestras líneas de costa. Lo decíamos al principio, la frontera es sobre

¹¹ El pasado 1-XI-2008, el periodista Carlos Prieto publicó en el diario *Público* un artículo del que transcribimos una parte: «1 de noviembre de 1988. Es una de las fechas más fatídicas en la historia reciente de Tarifa (Cádiz). Aquel día, se tuvo noticia del primer naufragio mortal con inmigrantes irregulares. Trece de ellos murieron a pocos metros de la orilla. Hubo cinco supervivientes. Desde entonces, distintas asociaciones han documentado la muerte de otras 18.000 personas al intentar alcanzar la costa española. Hoy, la llegada de pateras a las playas de Andalucía y, más recientemente, de cayucos a Canarias se ha convertido en una dramática cotidianidad».

todo represión y ausencia de derechos, y donde esto se hace más patente es en los centros de internamiento de extranjeros, también llamados CIE.

Los CIE fueron pensados con la Ley de Extranjería que se promulgó en 1985, ya ha corrido tiempo. Pero encerrar a alguien que no ha cometido ningún delito es injusto hoy y lo era también en los ochenta. Así, algunos colectivos no tardaron mucho en protestar, obligando al Tribunal Constitucional a pronunciarse al respecto en STC 115/1987 de 7 de julio. La sentencia venía a puntualizar la constitucionalidad de la detención preventiva de extranjeros en condición irregular previa a su expulsión a pesar de la no comisión de delito alguno, bastando con que se garantizaran una serie de requisitos mínimos. Un requisito era que se diera garantía adicional que asegurara que el extranjero no estuviera sometido al tratamiento propio de un centro penitenciario. Otro requisito era el carácter de excepcionalidad de la medida de detención en los CIE, esto es, que respondiera a situaciones concretas, que no fuera acordado en todo caso, que fuera dictado mediante resolución judicial motivada.

Por si con ello no bastara, en 1999 se aprobó un reglamento de funcionamiento interno para los CIE, donde se recogen una serie de derechos y se habla de asistencia médica, jurídica, social y cultural para los internos, con acceso a los mismos de colectivos y ONG relacionados con la inmigración.

Lo cierto es que la teoría nunca llegó a cumplirse y los CIE¹² empezaron mal desde el principio. En realidad, un CIE podía ser cualquier cosa, un viejo barracón de aeropuerto (Fuerteventura), un cuartel abandonado (Tenerife, Málaga), una cárcel en desuso (Algeciras, Madrid), los sótanos de la policía (Barcelona), y ahora ya también hangares de pescado y otros espacios en países emisores (Nuadibú, Mauritania). El gobierno nunca puso demasiado empeño en que fueran lugares dignos, simplemente estaban ahí, sobre el papel, y había que traerlos a la realidad con el menor coste. Luego vino lo que ya hemos contado, 2002, 2003, 2004..., 2008: los migrantes comenzaron a interpellarnos, nos demandaban ayuda, incomodaban nuestra conciencia, había que encerrarlos donde no los viéramos, donde no los sintiéramos, para eso se inventaron los CIE. En los CIE ha habido motines, falta de alimentos, huelgas de hambre, insalubridad, palizas, mafias, hacinamiento, enfermedades, y también muertes. Durante varios años existió un CIE, el de Las Raíces en Tenerife, un viejo cuartel militar en medio de la montaña donde los migrantes se amontonaban en

¹² Los CIE son distintos a los CETI (Centros de estancia temporal de inmigrantes) de Ceuta y Melilla. En los CETI los migrantes comen, duermen y reciben cursos de castellano mientras se resuelve su situación irregular, pero pueden salir a la calle si lo desean. ¿Por qué esta diferencia? Están en Ceuta y en Melilla, pueden salir, pero siguen sin poder pasar a la Península.

tiendas de lona por las que se colaba el frío, las ratas y la lluvia, sin agua caliente, teniendo que hacer sus necesidades en una fosa cavada en el suelo, lo más parecido a un campo de concentración nazi. En los CIE no entra nadie más que la policía, la Cruz Roja y algún abogado para cada cuarenta detenidos. Y a los CIE, sí, van a parar sin excepción todos los inmigrantes irregulares pobres que se detienen, en la frontera o en cualquier ciudad de España, para escarmiento de los que intenten venir. Sigue vigente la sentencia del Tribunal Constitucional a la que aludimos antes pero en la práctica no se cumple en ningún sitio.

En cualquier caso, nada de lo que podamos decir desde fuera refleja lo que son realmente los CIE. Reproducimos aquí el testimonio directo¹³ de una española (I. V.) que tuvo a un amigo africano dentro de un CIE, y quiso ir a visitarlo.

CIE DE MADRID, 11 de marzo de 2006

I. V. relata lo que vio:

Estoy horrorizada. Los CIE son mucho peor que las cárceles, no me extraña que esté prohibida la entrada a todo el mundo. Sabía que existían estos centros pero el día 3 de febrero tuve ocasión de visitarlos por primera vez, cuando me enteré de que un amigo, africano, estaba detenido por no tener papeles y se encontraba en el CIE de Madrid (edificio inaugurado hace tan solo 8 meses, situado en la antigua cárcel de Carabanchel).

Me dijeron que las visitas eran a las 16 horas, fui a esa hora pero me fue imposible entrar de la cantidad de gente que hay y la poca que dejan entrar. Por fin me enteré de las reglas. Se supone que si vamos a las 11 de la mañana a las 16 horas entraremos. Por supuesto tenemos que esperar en la calle, da igual el frío o la lluvia. Pocos somos los afortunados que tenemos ese tiempo y podemos entrar a ver a nuestros amigos, novias, mujeres, padres o hijos asiduamente...

No contentos con dejar en nuestras manos la organización de las visitas (y todo esto para verlos 5 ó 7 minutos máximo), a los infortunados los vemos separados por unas mesas largas, vigilados por varios policías que prohíben cualquier acercamiento físico y escuchan tu conversación.

El chico al que yo voy a visitar, aparte de tener una expresión de horror que se justifica (lleva ya allí más de 30 días) después del viaje atroz realizado durante dos años hasta llegar al «paraíso prometido», está cada vez más delgado y me dice que le duele todo el cuerpo por el frío y la falta de comida. Me explica que llevan 6 días sin agua caliente (los días más fríos de este invierno), no hay calefacción y la mayor parte de ellos disponen sólo de la ropa que tenían cuando fueron detenidos. Las

¹³ Artículo publicado en *Rebelión*, el 11 de marzo de 2006. *Centros de internamiento o la violación autorizada de los derechos humanos*: «A los inmigrantes sin papeles en este país no se les consideran personas». Ibois Vergara.

mantas para dormir son muy delgadas. Más tarde me entero, por familiares, de que hay muchas mujeres y hombres durmiendo en el suelo (el edificio está pensado para 100 personas y ahora hay más de 300). El desayuno consta de un zumo de naranja y 3 galletitas, igual que la cena. La comida una sopa con pan muy duro, o unos espaguetis sin nada; el día mejor un trozo de pollo en mal estado.

El aspecto del chico mientras van pasando los días está cada vez más deteriorado. Está además enfermo y no le dan la medicina que necesita y que él ha pedido a la policía con el certificado médico. Quise hablar con el médico pero me resultó imposible. ¡El médico sólo va por las mañanas! A todo esto me pregunto: ¿sabrá alguien allí inglés, ruso, rumano, polaco, árabe, chino, etc., por si se pone alguien muy enfermo poder explicar lo que le pasa? Mucho me temo que no.

A través de estas visitas me voy enterando de que la comida es intragable y por ello se han puesto repetidamente en huelga de hambre. Huelgas que terminan con castigos y palizas. El fin de semana terminó con ambulancias en el centro que fueron a recoger e intentar reparar los golpes que habían recibido los que lideraban la huelga de hambre.

Hace unos días, más de 60 reclusos tuvieron vómitos y diarreas por una de estas comidas en mal estado, hay que añadir a esto el frío y el estrés generado por la inminente expulsión. ¿Cómo solucionaron la avalancha de gente con gastroenteritis que necesitaba ir a los lavabos urgentemente? Pues de la manera más bárbara, cerraron los lavabos y les dijeron que se fueran a «cagar a sus países». No tuvieron otra salida que hacer sus necesidades en las celdas y vomitar en ellas.

Soy una observadora temporal de dicho centro, y obviamente dicha cárcel, para los que han cometido «el delito de huir de la miseria y de las guerras», es un polvorín. Llamé alarmada a los medios de comunicación. Primero a un programa sobre inmigrantes, «Con todos los acentos». Ellos pidieron permiso para entrar pero se lo negaron. Me entero con horror que ¡está prohibida la entrada a todos salvo a los abogados! Llamé a *El País* y a *El Mundo*. *El País* sacó una columna, pues coincidió ese día con que se habían fugado varios reclusos en la madrugada. Las fuentes que dieron como fiables fueron sólo las de la policía que desmentía con absoluta desvergüenza todo lo que yo veía con mis ojos. Llamé a la Cadena Ser. Llamé a diferentes ONG pero los días seguían pasando... Yo sigo yendo allí y sólo he visto a una colaboradora del diario *El Mundo* que pasó fugazmente. Una vez más me enfrento con la realidad de que a los inmigrantes sin papeles en este país no se les consideran personas. Me queda la esperanza de que, quizá, alguna vez, alguna ONG se apiade de aquellos que están pasando el trago más amargo, de los que devuelven a su lugar de origen, a la miseria o incluso a la muerte.

CIE DE MADRID, 7 de abril de 2008

Han pasado dos años, I. V. sigue implicada en la defensa de las personas migrantes, las cosas no han cambiado en absoluto.

Declaración de un interno en conexión telefónica con activistas de la Asociación «Ferrocarril Clandestino»:

Estamos todos en huelga de hambre porque no nos pueden tratar como nos tratan (...), la mayor parte de la población está enferma, no nos atienden, no nos dan el medicamento; nos tratan de lo peor, como si fuéramos delincuentes.

Hay un morenito al que le han golpeado. Le dieron en sus partes bajas y está muy mal. Hay otro chico marroquí al que le rompieron casi un pie y le operaron. A otro chico le operaron del estómago y ahora no le dan el medicamento. Está enfermo y lo tienen aislado en un calabozo como castigo. ¡Por favor, ayudadnos, por favor!, imploran los internos, que temen represalias por parte de la Dirección.

Desde julio de 2007 sabemos que se han sucedido huelgas de hambre en diferentes centros de internamiento en Bélgica, Austria y Francia denunciando la constante vulneración de derechos que se da en estos centros. En mayo de 2008, un informe de la UE¹⁴ que consta de 300 páginas y tuvo un coste de 300.000 euros detalla las conclusiones a las que se llegó después de una investigación, sobre el terreno, desarrollada en 25 países (todos los de la UE, excepto Bulgaria y Rumania) entre abril y agosto de 2007. El informe acabó de redactarse en agosto de 2007, el Parlamento no lo publicó hasta cuatro meses más tarde, con una difusión tan restringida que provocó la protesta del eurodiputado Giusto Catania. Diez meses más tarde nos enteramos de todo esto por el periódico. ¿Por qué? Porque en la gran mayoría de los casos los CIE en Europa salen mal parados. En lo que concierne a nuestro país, el informe acusa a España de maltratar a los «sin papeles», denuncia condiciones «deplorables» en los centros de acogida, y critica al Gobierno por dar un tratamiento carcelario y «degradante» a los inmigrantes.

Algunas partes del informe: «Los centros de detención, retención e internamiento de inmigrantes en España presentan unas condiciones materiales y de higiene deplorables...». «Se trata a los sin papeles como si fueran delincuentes y se les incluye en un sistema carcelario con condiciones degradantes de detención...». El informe, muy duro en el caso de los menores, destaca la escasa fiabilidad de las pruebas para determinar la edad y se hace eco de denuncias de algunas ONG que han denunciado judicialmente la práctica habitual de «abusos sexuales y violencia física» contra los menores.

A raíz de hacerse público el informe, un portavoz de Interior señaló que se trata de un informe encargado, no aprobado, por el Parlamento Europeo. ¿Acaso, el hecho de que no lo aprueben hará cambiar en algo la realidad de lo que en el mismo se denuncia?

¹⁴ *El País*. 18-V-2008.

Los autores visitaron 132 centros, se entrevistaron con 127 responsables y 253 personas vulnerables, y analizaron 90 informaciones administrativas por escrito. El estudio subraya su preocupación por los regímenes de detención «de tipo carcelario en la gran mayoría de los casos». «Son condiciones que criminalizan a personas que no han cometido ninguna infracción penal». Los autores recomiendan que la UE priorice la dimensión *acogida* respecto a la represiva, y que «la detención debería ser una excepción absoluta y sólo como último recurso», limitando su duración a días o como mucho semanas. Acento especial en la dimensión *acogida*, algo que aquí, en Europa, nadie quiere ver. A nuestro juicio son víctimas y sólo víctimas, que han sufrido mucho y deben ser atendidos.

Valga como una prueba más de la realidad tan dura que padecen estas personas la historia clínica que reproducimos a continuación, tomada hace poco en un hospital de nuestro país.

*Varón, subsahariano «sin papeles», 31 años de edad.
Atravesó el desierto y cruzó hasta España hace seis años.*

Diagnóstico: Estrés postraumático crónico.

Tiene marcas de haber sufrido agresiones, con cicatrices en distintas partes del cuerpo, entre las que destacan varias en piernas y rodilla, con ligera alteración de la marcha.

Es difícil hablar con él de lo que le ha ocurrido, y más aún que haga un relato de su vida hasta ahora, mostrando malestar y vergüenza cuando se le pregunta por ello y dando sólo respuestas fragmentarias, como «tantos muertos», con manifestación de angustia intensa, reflejada en su postura y su respuesta fisiológica. Sólo recientemente ha referido que las lesiones se las hicieron en la frontera de Argelia con Marruecos, donde vio matar a niños y a compañeros y finalmente ha empezado a hablar de los sucesos traumáticos en su país, sobre los que aún le es muy difícil expresarse. En general evita las conversaciones sobre sucesos traumáticos, huyendo de recuerdos y de los sentimientos tan negativos que conllevan.

Reacciona con pánico ante situaciones aparentemente banales, como heridas con sangrado. También reacciona con pánico cuando no encuentra a alguien con quien estuviera citado, situación en la que siente que el otro ha desaparecido para siempre.

Sufre pesadillas, relacionadas con situaciones traumáticas vividas. Dificultades para dormir, con insomnio de fase de conciliación, intermedia y del despertar.

También actúa con frecuencia como si estuviera reexperimentando aquellas situaciones, se queda embobado en los recuerdos, sin ser consciente en esas circunstancias de lo que pasa alrededor, con aspecto de miedo intenso.

Aunque pudoroso en mostrar sus sentimientos, en ocasiones muestra un estado de ánimo intensamente triste, con desesperanza, en las que verbaliza ideas de suicidio, con desinterés por todo lo que le rodea y desvalorización de sí mismo. Refiere pérdida de confianza en la respuesta de

los demás, con la vivencia de que el mundo es impredecible y hostil. En ocasiones intensa rabia.

Está continuamente en tensión, alerta ante posibles peligros que le puedan acechar, con dificultad para afrontar nuevas actividades o concentrarse en otras tareas, no llegando a interesarse por ellas. Esta disminución de interés por implicarse en actividades significativas está relacionada con su desesperanza respecto a su futuro. Es un trastorno grave que puede conllevar riesgo de suicidio en los momentos de mayor desesperanza y tristeza.

En la misma línea, el trabajador social Amal el Oualji de Médicos Sin Fronteras, en Marruecos, en una entrevista en el año 2007 afirmaba: «Con el aumento del control y el cierre total de la frontera, ha aumentado la presión y eso ha tocado la salud mental». Cabría preguntarse si habrá alguno de los que han sobrevivido que no sufra algún tipo de trauma.

En nuestra opinión, deberíamos ingresarlos en centros de acogida donde se les atendiera, se les cuidara y se les escuchara y mucho aprenderíamos de ellos. Sin embargo los encerramos en los CIE, lugares peores que cualquier cárcel de Europa, frontera dentro de nuestras fronteras, donde seguirán yendo a parar a pesar de los informes, de las ONG y sus denuncias o de la indignación de una parte de la ciudadanía que no quiere más «guantánamos». Los CIE seguirán existiendo porque así lo quiere Europa, la misma Europa que hace unos meses firmó la famosa Directiva Europea de Retorno, que entre otras barbaridades prevé aumentar los plazos de internamiento con un máximo de hasta 18 meses, y permite que los menores también sean encerrados allí, y los devuelve a terceros países sin sus familias, y habilita a funcionarios para que acuerden internamientos en lugar de jueces. La Directiva fue aprobada por mayoría en el Parlamento Europeo. De nuevo, la impunidad de la frontera se hace presente, sólo que esta vez toma el rango de ley para garantizar así que nadie la cuestione, una vez más la violencia, se impone.

Expulsados del 'paraíso'

Y acabamos nuestro pequeño recorrido por la violencia en la frontera con el fin del ciclo mismo, la expulsión del extranjero. Algo que, durante años, fue la tabla de salvación del migrante: no podía ser expulsado, no tenía documentación, mentía al decir su lugar de origen, no había convenios de repatriación con casi ningún país de África, el migrante acababa teniendo que ser puesto en libertad tras 40 días de encierro. Volvía al limbo de la clandestinidad, seguía sin tener papeles pero al menos estaba libre en el paraíso y podía luchar por unas migajas. Pero esto no podía durar eternamente. Los medios de comunicación

casi siempre sectarios y una población mediatizada por aquellos presionan desde fuera; pronto, desde las administraciones se ponen a trabajar para encontrar países de vuelta a estos parias del siglo XXI, y poco a poco van llegando acuerdos de cooperación condicionados todos a que el gobierno de turno acepte quedarse con la «mercancía». No sabemos cuanto cuesta al erario público cada inmigrante que se devuelve, no nos hemos parado a calcularlo pero debe ser mucho, no ya sólo por lo que pagamos al país de turno sobre la mesa o bajo ella, contemos también lo que se va en aviones, policías y dietas, contemos las gestiones diplomáticas y judiciales (y el coste que éstas repercuten en la saturación de la Justicia en España), y contemos con que no pocas veces un mismo inmigrante es devuelto hasta cuatro veces, tantas como ha arriesgado su vida en el mar para llegar hasta aquí. Nuevamente, la lógica de un razonamiento más humano se impone a poco que miremos: ¿cuánto más barato y productivo no sería aplicar todo este dinero en políticas reales de cooperación al desarrollo de los países emisores?, ¿cuántas muertes, cuánto sufrimiento ahorraríamos a tantas personas? Es inútil que insistamos, ellos, los Otros, hace tiempo que dejaron de ser personas a ojos de muchos españoles. No lo fueron cuando fletábamos aviones con los migrantes convenientemente drogados para que no protestaran; no lo fue Osamuyi, nigeriano, asfixiado hasta la muerte en un avión de Iberia por resistirse a ser devuelto; no lo son los migrantes que sufren el protocolo de repatriaciones aprobado por la policía, que prevé camisas de fuerza y cascos para todo aquel que intente resistirse; no lo son para los que firmaron y apoyan la vergonzosa directiva europea de retorno, que ya todos conocemos. Detrás de cada inmigrante que viene hay una familia que espera, una familia que ha invertido dinero de meses o de años para pagar el viaje. Lejos de lo que podamos pensar, volver a casa deportado es un fracaso, es una humillación, son muchos los que caen en el alcohol porque no pueden soportar la idea de volver.

Y de toda esta deriva de barbarie por devolverlos, por si no bastara ya con lo que hemos contado, aún resta lo más doloroso y difícil de soportar. Pues, antes, en los cayucos viajaban hombres jóvenes y fuertes, lo mejor de cada casa esperando trabajar para enviar dinero a sus familias hambrientas. Esos hombres hoy son repatriados casi todos al poco de llegar de manera que ahora, lejos de resignarse, en su desesperación montan a niños pequeños y mujeres embarazadas en los cayucos, esperando que el corazón del hombre blanco se ablande y los dejen permanecer en España. Pero el hombre blanco, en su locura, en su ceguera, hace tiempo que sólo repite una retahíla, «no podemos ceder, hemos de dar una lección a las mafias», y mientras tanto, hombres, y ahora también niños y mujeres mueren en el mar sin que a nadie parezca importar.

Pero... ¿son seres humanos!

Observamos cómo a lo largo de buena parte de la exposición hemos estado defendiendo la tesis de la deshumanización del inmigrante como origen de la violencia que sufren. Tal deshumanización se ha intentado explicar en los mecanismos de *desconexión moral*, esto es, aquellos pensamientos y juicios que las personas usan para justificar su comportamiento. Fue el psicólogo canadiense Albert Bandura (Mundare, 1925) quien desarrolló esta teoría. Bandura apunta que las personas fabricamos estándares morales con los cuales regimos nuestra vida. Estos estándares son los principios morales que conocemos, en los que nos han educado y asumimos como válidos, los que seguimos en nuestro comportamiento diario, como puede ser, por ejemplo, respetar la vida de los otros o no lastimar a los demás. Son estándares morales porque implican el reconocimiento de los derechos de los otros, así como el respeto a su dignidad como seres humanos. Gracias a estos estándares, normalmente, las personas mantenemos procesos de autocensura moral, hablamos con nosotros mismos sobre lo correcto e incorrecto de nuestras acciones y nos autocensuramos cuando nos comportamos mal. Sin embargo, en muchas ocasiones esta auto-censura moral puede quedar desconectada de la conducta incorrecta, de modo que realicemos acciones incorrectas sin autocensurarnos por ello. Esto es lo que ocurre, sin duda, con las personas migrantes vistas por nuestros ojos europeos.

Según Bandura, existen ocho tipos de mecanismos cognoscitivos que sirven a la gente para justificar el por qué han cometido actos inmorales y no se sienten mal por ello. Dichos tipos son los siguientes:

1. Justificación moral, que en el caso que nos ocupa viene dada por las leyes (aunque muchas no se cumplan), por la defensa de la democracia, de las libertades, de nuestro estado de derecho, de nuestra identidad, del trabajo de nuestra gente o de nuestra seguridad.
2. Lenguaje eufemístico, para cambiar la apariencia inicial de las cosas. Eufemismos que en inmigración encontraríamos miles: la Directiva de Retorno, por ejemplo, bien podrían haberla llamado directiva de discriminación y represión de inmigrantes.
3. Minimización o distorsión de las consecuencias. Lo vemos, por ejemplo, en las estadísticas que nos dan desde el gobierno en torno al número de fallecidos: sólo cuentan los cadáveres recuperados pero no hablan de los miles de desaparecidos que no aparecerán nunca.
4. Comparación ventajosa. Comparamos nuestro comportamiento, o nuestro no comportamiento, con lo que hacen nuestros gobiernos:

- son decisiones políticas, nosotros no tenemos nada que ver, no somos violentos, los violentos son los políticos que nos gobiernan y las decisiones que toman.
5. Desplazamiento de la responsabilidad. Los ciudadanos no participamos, los agentes de fronteras cumplen órdenes, los gobiernos nacionales se deben a la Unión Europea, y la Unión Europea debe cumplir con lo que manda la lógica del Mercado.
 6. Difusión de la responsabilidad. Más de lo mismo, servirían los dos casos anteriores: la responsabilidad se difumina entre tantos agentes y finalmente nadie es el responsable último de lo que pasa.
 7. Deshumanización. Es el mecanismo que más funciona y así lo venimos repitiendo desde el comienzo de este trabajo: hemos alterado la percepción de las personas migrantes, son de otro color, tienen otra cultura, otra lengua, no los entendemos, no los sentimos, no son seres humanos, no como los nuestros, son Otros, son extraños, no son personas. No podemos pasar por alto el papel fundamental que juegan los medios de comunicación en este efecto deshumanizador de los inmigrantes, con un tratamiento casi siempre sesgado, monocorde, morboso, superficial o interesado de la cuestión, y la utilización de un lenguaje cosificador, normalmente negativo, al referirse a la inmigración, con palabras como avalancha, oleada, ilegales, carga, etc.
 8. Atribución de culpabilidad. Otro mecanismo muy importante en el caso que nos ocupa. Así, la culpa de lo que pasa nunca es nuestra, ni de nuestros gobiernos, simplemente, los hacemos a ellos los «chivos expiatorios» de todo lo malo que nos sucede. Ellos son los culpables del aumento del paro, ellos son los culpables del aumento de la delincuencia y la inseguridad ciudadana, ellos son los responsables de la pérdida de nuestra identidad como nación. Y en cuanto a lo que les pasa durante el viaje, tampoco eso es culpa nuestra: son ellos los que se exponen al mar, son las mafias las que se aprovechan, son sus propios gobiernos corruptos e inoperantes los que no resuelven los problemas que tiene su población, de ellos es por tanto la culpa.

Analizada la realidad de la inmigración actual, bajo la luz de lo que afirma Bandura, es evidente que los ocho mecanismos citados han hecho su trabajo a la perfección en el subconsciente colectivo. Llegado a este punto resulta inevitable, al menos a nuestros ojos, caer en la comparación con otra época pasada de la historia reciente, cuando los deshumanizados no eran africanos sino judíos. Contra ellos, contra los judíos en la Alemania nazi, funcionaban también esos mismos mecanismos de desco-

nexión moral a los que se refiere Bandura. Tanto es así que probablemente se basara en el Holocausto para desarrollar su teoría. La cuestión es saber si la barbarie llegará a repetirse hasta tal extremo.

En cualquier caso, está claro que hombre-cosa europeo no puede ver en un inmigrante africano a un ser humano, entre otros motivos porque en su mirada apenas quedan ya rastros de una mirada auténticamente «humana». Occidente es esclavo y deudor de la *razón instrumental*¹⁵, la razón científica, una razón donde no hay lugar para el sentimiento, la intuición, los afectos o las pasiones. Todo lo que no pueda ser medido, sumado, restado, desmontado o clasificado no sirve para el hombre-cosa ilustrado. Hemos ido tan lejos en nuestro afán cosificador que hoy ya nada escapa a esa mirada fría. Empezamos por intentar clasificar y asimilar a los Otros, a los diferentes, a los inmigrantes, y cómo no podemos y esa indefinición nos incomoda sobremanera, decidimos discriminarlos, maltratarlos, encerrarlos o expulsarlos. No nos damos cuenta, pero nuestras relaciones, todas, están ya mediadas por la instrumentalización. Tenemos suerte, de momento seguimos contando, tenemos un valor, nos dejan seguir jugando, pero ¿qué pasará cuando también nosotros seamos una cosa desechable y molesta para los demás? Quizás entonces también nosotros seamos apartados, humillados, arrojados, agredidos y expulsados, o quizás no. Quizás sea aún posible un cambio, del mismo modo que en el agente marítimo preparado para reprimir se activaban resortes de conciencia que lo hacían tender una mano al Otro, querremos creer que cada vez más gente siente una incomodidad de conciencia que les obliga a decir 'no' a la realidad en la que viven para buscar nuevas respuestas. Quizás sea esta nuestra última oportunidad de mejorar el mundo, ahora que la dialéctica fría y cruel del capitalismo empieza a demostrarse vana; quizás ahora, cuando todo empieza a perder el sentido, comencemos a ver al Otro rompiendo la lógica de la diferencia y lo hagamos Nuestro, con su desnudez, su desdicha y su dolor.

BIBLIOGRAFÍA

- (1) Bandura, A. (1999). Moral disengagement in the perpetration of inhumanities. *Personality and Social Psychology Review*, 3 (3), 193-209.
- (2) Bandura, A. (2006). Mechanisms of moral disengagement in support of military force. The impact of Sep. 11. *Journal of Social and Clinical Psychology*, 25 (2), 141-165.
- (3) Bauman, Z. (2007). *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*. Barcelona: Tusquets.

¹⁵ Véase *Crítica de la razón instrumental* de Max Horkheimer (1895-1973).

- (4) Horkheimer, M. (2002). *Crítica de la razón instrumental*. Madrid: Trotta.
- (5) Carrillo, F. (2007). *La cara oculta de los policías en España*. Editorial Germania.
- (6) Prieto, C. (27-I-2009). La inmigración africana cumple dos décadas de luto. *Público*. Versión: www.publico.es
- (7) Sanmartín, J. (2004). *El laberinto de la violencia: causas, tipos y efectos*. Barcelona: Ariel.
- (8) Todorov, T. (2008). Discurso, Premio P. de Asturias.
- (9) A. M. (18-V-2008). Los problemas de los inmigrantes: situaciones de detención de tipo carcelario. *El País*.
- (10) Vergara, I. (11-III-2006). Centros de internamiento o la violación de los Derechos Humanos: «A los inmigrantes sin papeles en este país no se les consideran personas». *Rebelión*. www.rebelion.org

